

La Nación como relato

Tomás Pérez Vejo: *3 de julio 1898. El fin del imperio español*. Madrid: Taurus, 2020, 251 pp.

Alejandro Salafranca Vázquez

I. Preámbulo

Hace unos días, caminábamos mi viejo amigo Gaspar y yo a paso ligero por el telúrico centro de la Ciudad de México. Avanzábamos velozmente por la hasta hoy calle de Isabel la Católica –quizá pronto esta céntrica arteria cambie de nombre víctima de la sumaria y extendida judicialización del pasado con valores presentistas–. Íbamos prestos en demanda de la calle de Izazaga para tomar allá, en la esquina del Claustro de Sor Juana, un auto tras haber comido tacos de médula cerca de los restos del Templo Mayor y de su cicatriz abierta en forma de techumbre hundida por una granizada. José Luis hablaba con el entusiasmo que le caracteriza de su incipiente lectura de Castellanos y de su tardío descubrimiento del significado de la revuelta de los Comuneros contra el emperador borgoñón, se quejaba de sentimientos encontrados con obras como *Ordesa*, también parlaba de sus ganas de leer *Los Vencejos* de Aramburu o de su entregada admiración por la pluma colombiana de Juan Gabriel Vásquez, y yo, por mi parte, le comenté que el morado de la bandera republicana tenía que ver con la memoria comunera y su narración posterior por los liberales en términos libertarios frente al “autoritarismo monárquico”, disertaba sobre el pesimismo injustificado de la generación del 98 y su fatídica trascendencia en la mentalidad española del siglo XX o sobre la relativa indiferencia de España y de su opinión pública ante la pérdida del Imperio en el primer cuarto del siglo XIX entre 1810 y 1825. Cada loco con su tema. En eso, José Luis se detuvo súbitamente, me tomó del codo y me espetó –oye, pero el imperio no se perdió en 1821 ni en 1825, el imperio se perdió el 1898, ¿no? Escuché a mi *vell amic*, mientras a mi espalda sentía el calor amenazante de un cercano trompo de pastor callejero. Le miré y le dije: –pues no precisamente, en el 98 se perdieron las colonias de la nación española, que eran restos de profunda raigambre afectiva, pero minúsculos vestigios del viejo imperio de la monarquía católica. El Imperio se perdió en Carabobo, Ayacucho o con la no aceptación del Tratado

de Córdoba, no se perdió ni en Cavite ni en la bocana de la Bahía de Santiago. Gaspar, enarcando las cejas, reanudó la marcha y me exigió una explicación más pausada de aquello que le había descerrajado frente aquel monumento al mestizaje otomano-mexicano que son los tacos al pastor. Entonces sentí la necesidad de recomendarle a mi levantino amigo, voraz lector, la obra *3 de Julio 1898. El fin del Imperio español*, del historiador Tomás Pérez Vejo, para compartirle las claves de la epistemología básica que le hicieran penetrar el arcano y entender lo que le estaba diciendo. Sentí la necesidad de transmitirle la idea toral del ensayo del lebaniego de marras y aclararle que:

“Las naciones, en contra de lo que afirma el pensamiento nacionalista, no son realidades objetivas e intemporales, sino construcciones imaginarias de origen relativamente reciente. En el momento de las independencias americanas no existía la nación española; lo que había era una monarquía de carácter anacional, que apenas acababa de iniciar el largo y azaroso proceso de conversión en nación; en la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas y demás islas del Pacífico, la nación española era ya una realidad para amplios grupos de españoles. La diferencia entre lo ocurrido en las primeras décadas del siglo XIX es que el continente lo perdió la monarquía, y las islas, la nación española (o, si se prefiere, el primero el rey y las segundas los españoles)” (Pérez Vejo 2020:189).

II. Reseña

Los españoles nacidos en el siglo XX son en su mayoría hijos intelectuales del pesimismo del 98. La sociedad española tiene acendrada en su memoria colectiva un sobredimensionamiento de la tragedia del almirante Cervera, y a partir de ese hecho se constata y se palpa el surgimiento del sentimiento de decadencia español y de la creencia en la singularidad y la excepcionalidad del curso histórico español frente a las otras naciones de Occidente.

Los españoles finiseculares decimononos, como sociedad más o menos articulada frente a la joven nación que acaban de construir y frente al Estado de la Restauración, que a pesar de todo era más solvente de lo esperado, sintieron, se contaron y laudaron aquella pérdida como el mal de los males; acuñaron aquello de “más se perdió en Cuba”, e hicieron de la teoría de la decadencia, de lo inusual y de lo extraño de la esencia de lo español y de lo excepcional por atrasado del alma nacional, un hecho diferencial e identitario.

Habrà que reconocerlo, las élites reflexivas desplegaron un trabajo brillante en lo artístico y en lo estético, pero necio y disolvente en lo intelectual, al convertir la reflexión sobre “el problema de España” en un ejercicio constante de introspección histórica autoflagelante en la que la Generación del 98

fundamentalmente lapidó o al menos ralentizó por más de un siglo cualquier posibilidad de entusiasmo hacia la propia valoración de España como nación con visos de futuro.

No deja de ser sorprendente el contraste entre el impacto duradero y hondo que la derrota naval de aquel 3 de julio de 1898 creó en los españoles y la revolución social, intelectual y política que aquello desató, empezando por el recrudescimiento exponencial de los nacionalismos peninsulares en especial el vasco y el catalán, el auge del anarquismo, y terminando, por ejemplo, con el surgimiento del africanismo militarista; todo ello en abierto contraste frente a la general indiferencia y a la mínima repercusión en la memoria colectiva española de la auténtica debacle imperial que se produjo a principios de la centuria decimonona cuando se perdieron para la Corona cuatro virreinos que abarcaban un territorio que se expandía desde Tierra de Fuego hasta Oregón¹. Esto demuestra hasta qué punto en la memoria histórica de los pueblos casi nunca se impone lo objetivo y lo falsable, se impone más bien, las más de las veces, lo subjetivo, lo mítico.

Pérez Vejo, en este ensayo publicado por Taurus, desgrana en estado de gracia, combinando con excelencia el rigor de su aparato analítico con la soltura de una pluma ágil y amena, toda una *rara avis* entre los historiadores, un análisis histórico en el que compara y contrasta los hechos de aquellas jornadas contra la narrativa sobre la misma generada en la sociedad española.

El ensayo nos habla de lo que objetivamente se perdió en Cuba, del estado de la economía española tras la anexión a Estados Unidos de los vestigios coloniales españoles o de la balanza comercial entre las islas y España, y resulta ser que objetivamente la pérdida de las islas y por ende la liberación del Estado español de mantener un ejército enorme en ultramar en permanente estado de alarma, terminó dando un respiro a las arcas públicas. Recuérdese que España movilizó por mar en muy pocos años, en una operación de transporte de tropas sin precedente mundial, a más de 200 mil hombres al Caribe², hazaña de logística no igualada hasta las grandes operaciones navales y anfibia militares

¹ Para ahondar y matizar esta afirmación, léase Rodrigo Escribano, “Recuerdos del viejo Imperio. La Independencia de Nueva España en la opinión pública española (1821-1848)” (en Alejandro Salafraña Vázquez, coord.: *1821. Independencia. El reino que fue Imperio y devino en República*, UNAM/El equilibrista. México, 2021).

² La operación de logística del retorno de las tropas, cerca de 190,000 hombres, tras la firma del tratado de paz con los EE.UU, no ha sido objetivamente valorada por la historiografía que casi siempre, y en esto Pérez Vejo también es excepción, ha asumido acriticamente la visión de esta tarea descomunal como una operación desastrosa y humillante para los hombres que la sufrieron, y como un fracaso del gobierno que la gestionó, persistiendo en esta relatoría la estela de la narrativa de la prensa española de la época que atacó al gobierno y se enfrascó en una lucha política intestina en defensa de sus postulados políticos conforme arribaban a los puertos atlánticos españoles los soldados del ejército derrotado en Cuba, Filipinas y Puerto Rico. La realidad de aquella operación naval y logística está lejos de haber sido contada al gran público con el rigor que amerita. El velo eficaz de la teoría de la decadencia y del desastre español se cimentó en la memoria colectiva desde muy temprano y en casi todos los ámbitos.

de la Segunda Guerra Mundial. El comercio español con sus excolonias no disminuyó e inclusive aumentó, la emigración civil tuvo un auge inusitado, el déficit público se balanceó y quizá los que más sufrieron la crisis fueron los grandes capitales colonialistas catalanes dado que la verdadera metrópoli de La Habana era Barcelona, de ahí su prosperidad, su acumulación de capital y en su reinversión industrial palpables en los magníficos y opulentos ensanches urbanos de la ciudad condal.

España era un caso raro entre sus homólogas europeas, pero no por las razones esencialistas esgrimidas por los noventayochistas. Su excepcionalidad radicaba en que cuando arriba el siglo de las naciones, las caídas de las monarquías compuestas y el apagón del Antiguo Régimen, surgen de la modernidad de la revoluciones atlánticas y continentales naciones jóvenes, con una autoestima virginal y arrogante, que súbitamente se desparramaron al mundo global para conquistarlo y para aprovecharse de todos sus recursos. La competencia de estas naciones por dominar el orbe del siglo XIX y XX llevó a los baños de sangre más traumáticos de la historia. España, que surge como nación a la vez que Alemania, Francia o Estados Unidos, nace del despojo de su poderío y, por ende, es el único imperio que buscó devenir en nación, cuando el resto de las naciones querían transmutar en imperio.

España fue exitosa en su construcción nacional y en dotarse de un Estado eficiente y de una idea cohesionadora durante un siglo XIX turbulento y trufado de guerras cainitas, pero no más turbulento y sangriento que el francés, el italiano, el norteamericano o el alemán. Lo que no logró España fue rehacer o construir de nueva planta un imperio. La nación española tuvo un papel menor en el reparto de África y de ahí que la ensoñación colonial insular caribeña fuese un estupefaciente en la memoria colectiva al mantener la ilusión aparente de un estatus de potencia colonial. El zarpazo eficiente de la potencia anglosajona norteamericana puso las cosas en su verdadera dimensión y España se percató de su constreñida realidad europea y quiso en África recuperar lo perdido en América y Asia; de ahí la obsesión africanista del Ejército –cabría matizar que más bien fue marroquinista³– que además sintió un profundo rencor hacia el poder civil al considerar que en la guerra de Cuba se aceptó entablar un combate sin querer pelearlo y se perdió sin haber sido derrotado. Me explico, la batalla de Santiago de Cuba no fue en términos militares más que una escaramuza, el grueso del Ejército español estaba desplegado en el occidente de la isla, en la zona dominada por La Habana, y no entró prácticamente en combate durante la contienda. La única vez que tropas españolas plantaron cara al avance estadounidense-mambí fue en oriente, en las Lomas de San Juan, cuando

³ Sobre este tema véase Alejandro Salafranca Vázquez, “La conciencia africanista del Ejército español” (en Alejandro Salafranca Vázquez, coord.: *Actas del III Congreso Internacional de Hispanistas*, Algazara, Ceuta, 1998).

poco menos de 500 disciplinados infantes con modernos máuser detuvieron a diversas unidades norteamericanas con abundante artillería, pero con fusilería anticuada, causándoles en pocas horas más de 1,600 bajas. Recordemos que los españoles perdieron algo más de 300 hombres en la absurda batalla naval de Santiago (los norteamericanos solo en el accidente o autosabotaje del *Maine* en La Habana perdieron más de 200 hombres), una quijotada sin sentido ante el mayor alcance de las bocas de fuego de la *U.S Navy*. Pero en tierra el piso estaba más parejo, como lo demostró el balear Vara del Rey.

Los rencores militares, fundamentalmente del Ejército de tierra ante aquella humillación, se reflejaron en las impostadas y forzadas africanías de principios del XX⁴ y en general por el militarismo conservador, que llevó primero a la dictablanda primoriverista y a la postre al golpe de estado de julio de 1936 en nombre de las rutas imperiales y las quimeras isabelfernadinas.

No se ha insistido lo bastante en el rencor militar ante el poder civil por el abandono casi incruento, y para el mundo castrense indigno, de los territorios de ultramar. Estos territorios llevaban cuatro siglos vinculados a la Corona, y los militares de la nación española decimonona llevaban defendiéndolo sangrienta pero exitosamente toda la segunda mitad del siglo. El poder civil quiso salvar el honor con batallas simbólicas, pero no quiso o no pudo o las dos cosas a la vez defender verdaderamente a Cuba frente a los Estados Unidos que ya desde 1880 eran la primera economía industrial del mundo. En la mentalidad militar de todos los tiempos la desventaja no es un motivo esencial para el desistimiento de la defensa. En el propio caso estadounidense es reseñable la actitud de los Estados Confederados que, estando en todos los indicadores necesarios para saber si una nación se encuentra en capacidad de enfrentarse exitosamente otra, en absoluta y abrumadora desventaja frente a la Unión, se defendieron de las ofensivas del gobierno de Washington con una determinación y eficacia que todavía hoy asombra a los historiadores de la guerra, a pesar de que desde el momento en que la artillería confederada abrió fuego sobre el fuerte federal de Sumter el 12 de abril de 1861, iniciando con ello la guerra, pocos dudaban que la maquinaria industrial septentrional aplastaría tarde o temprano al encomiable voluntarismo bélico agrario meridional.

En este orden de ideas, cabe resaltar, para una mejor y más objetiva comprensión de la actitud del gobierno español de 1898, que éste, como el gobierno de Richmond en su día, no contó apenas con apoyo internacional, y que la tibia actuación bélica de la monarquía parlamentaria española finisecular evitó un baño de sangre al no llevar la guerra de Cuba al escenario generalizado

⁴ No es baladí recordar el pasado castrense colonial cubano o filipino de la mayoría de los marroquinistas más acendrados, empezando por el propio Primo de Rivera, Sanjurjo o Millán Astray, sin olvidar que el defenestrado general Silvestre, triste protagonista de la derrota de Annual en 1921, era, él mismo, cubano de El Caney, al igual que Emilio Mola, natural de la localidad cubana de Placetas.

de una resistencia terrestre en forma: lo contrario de lo hecho por los sudistas cuya resistencia a ultranza produjo una de las mayores carnicerías de la historia; una matanza de tal calibre que los Estados Unidos jamás ha perdido en guerra alguna el número de hombres que perdió en su guerra civil⁵.

Dice Pérez Vejo en muchas de sus obras que una nación es básicamente un relato, y los españoles llevan siglo y tanto contándose y relatándose que Santiago de Cuba fue un gran desastre, y en contraste han borrado de la memoria el verdadero desastre que fue Ayacucho o la no aceptación por parte del rey del Plan de Iguala en Nueva España⁶. Han pulverizaron en su memoria aquellos hechos que hicieron desaparecer a la monarquía hispánica tras tres siglos de solvencia. Hoy nadie lo recuerda ni derrama una solo lágrima, como si aquello no fuera con España, insisto, como si solo fuesen cuitas del rey. Volviendo a Cuba, también han perdido de la memoria a Vara del Rey, que les causó a los norteamericanos el triple de bajas que las sufridas por Custer en *Little Big Horn* frente a los *lakotas*, *cheyenes* y *arapaho*, más que las causadas por los *Nakajimas* y *Aichis* japoneses al hundir en 1941 los acorazados *Arizona* y *Oklahoma*, o las mismas que las sufridas por las tropas de desembarco en la playa de *Omaha* en 1944, todas ellas acciones bélicas reputadas y conocidas por todos. Por ende, resulta evidente que lo importante de lo acontecido en Cuba para Pérez Vejo no fue ni el ocultamiento en la narrativa histórica de ambos contendientes de la batalla de la Loma de San Juan, ni la exageración de lo acontecido ese 3 de julio de 1898, medularmente un combate naval desigual, una escaramuza náutica que simbolizó para tirios y troyanos la muerte épica y simbólica del mundo honorable, gallardo y arcaico que sucumbe frente a lo moderno y lo práctico. Es muy ilustrativo en la conformación y arraigo de este sentimiento estadounidense de sentirse testigos protagónicos del momento en el que una civilización moderna devora inmisericordemente a otra arcaica a la que se contempla en su derrumbe y destrucción con cierta admiración nostálgica, la amplia difusión entonces en Norteamérica de las obras de Prescott sobre las conquistas castellanas del Perú y de México en el siglo XVI; solo desde esta tesitura trufada de romanticismo se entiende el baño de multitudes que se dio Cervera en su apoteósico cautiverio en los Estados Unidos. Lo trascendente para este ensayo fue cómo la nación española y su intelectualidad decidieron

⁵ Para ahondar en este tema recomiendo ampliamente el ensayo de John Keegan, *Secesión. La guerra civil americana*, Turner, Madrid, 2011, cuyo título original en inglés dará mayores y mejores pistas al lector sobre la naturaleza de esta obra *The American Civil War. A Military History*, Hutchinson, 2009.

⁶ Para entender lo que aconteció en Nueva España en 1821, un año en que la Corona española pasó en unos meses de creer que había pacificado por fin, tras 11 años de cruenta guerra civil, el mayor virreinato indiano a enfrentarse a su sorpresiva independencia en forma de Imperio, y con ello al finiquito de la secular presencia española en Norteamérica, véase Rodrigo Moreno Gutiérrez, *La Trigarancia. Fuerzas armadas en la consumación de la Independencia. Nueva España, 1820-1821*. UNAM, México, 2016.

narrarlo, cómo hicieron una curaduría de su memoria y cómo, en un coro casi unánime, vieron reflejada en aquellos barcos indefensos la metáfora del fin de la aventura de Colón y de las ansias universalistas de Castilla. Lo duradero y significativo es cómo concibieron, cómo se lo narraron y la tremenda influencia que aquellos acontecimientos causaron en la idea que de sí mismos tienen y tuvieron los españoles. Con aquellos barcos saliendo de uno en uno, mal artillados, peor acorazados, pero blandiendo el honor de cuatro siglos de dominio de los mares, los españoles, con ayuda norteamericana, pusieron punto y final a lo que creyeron era el fin de su grandeza por haber la nueva nación española, o al menos parte de ella, fincado en las viejas ideas imperiales su prestigio y su autoestima.

La confianza en las posibilidades de la joven España de la Restauración de ser una nación normalizada en sus aspiraciones modernizadoras y de progreso –quimeras ambas tan en boga en el positivismo de entonces– sí murió entre los fierros encallados ex profeso y heroicamente por Cervera, para dar paso al largo proceso, por un lado, de depresión colectiva y de conciencia profunda de fracaso, y por otro, y concomitante con el anterior, de reconstrucción identitaria de esta España nueva, constreñida ahora, tras cuatro siglos de expansión y presencia global, a sus modestas pero plurales fronteras peninsulares, insulares y a sus plazas africanas de soberanía. Proceso fundacional que a la postre tanta tinta, sangre y sufrimiento costó en el siglo XX español. De aquellos polvos está construido el lodo de las polarizadas identidades españolas del siglo XXI.

El contexto panamericano de esta guerra no le ha pasado desapercibido al autor. La Guerra de Cuba la enmarca en el desigual pulso que sostuvo el mundo anglosajón liderado por los Estados Unidos frente a un mundo hispánico sin liderazgos fuertes, pero jaleado por las intenciones hispanófilas e hispanoamericanistas de una parte significativa de las intelectualidades ibéricas e hispanoamericanas y de las comunidades de inmigrantes españoles allí asentadas, frente al militante panamericanismo estadounidense respaldado, no sin contradicciones, por gran parte del liberalismo hispanoamericano. La doctrina Monroe, actualizada y revitalizada tras la pacificación de la Unión Americana al finalizar su carnicería civil en 1865, supuso la concentración de la política exterior de la nueva nación surgida tras la desaparición de la Confederación sudista en expulsar toda influencia europea de América. La primera víctima de esta política fue el efímero imperio mexicano de Maximiliano I, quien, ya sin contar con el respaldo del cuerpo expedicionario francés repatriado por las presiones recibidas por Napoleón III desde Washington y por el inminente inicio de las hostilidades con Prusia que a la postre terminaría en el desastre de Sedán, murió fusilado en Querétaro por los liberales juaristas mexicanos abiertamente panamericanistas, eurófobos y nacionalistas.

Éste fue el inicio de una política activa durante todo el siglo XIX para americanizar América, y en esta cruzada monroeista España y su presencia incómoda en el Caribe, y subsidiariamente en Filipinas, se constituía en una realidad intolerable para la potencia emergente, y en un estado de cosas indefendible a largo plazo para una España colonialmente en retirada, aunque no derrotada, ya que ganó todas las guerras independentistas cubanas antes de la intromisión norteamericana. La permanencia española en Cuba fue también causa perdida para los posibles aliados de España en Europa. Las otras monarquías continentales respaldaron retóricamente a España, pero no se involucraron en el conflicto al no querer ni enfrentarse con la nueva potencia atlántica ni desviarse un milímetro de su verdadero objetivo, que no era otro que repartirse África y Asia cuanto antes.

En el ensayo se describen los intentos hispanófilos por armar una comunidad iberoamericana que se defendiese de la ofensiva anglosajona. Los muy fructíferos resultados intelectuales de este proceso frente a sus escasos logros políticos también cruzan estas páginas al desgranar cómo esta lucha de anglos e hispanos se tradujo y se expresó en las políticas internas de las naciones latinoamericanas, en las disputas entre liberales y conservadores y, en menor medida, en los enfrentamientos entre monarquistas y republicanos.

En este contexto, la guerra de Cuba, y su corolario representado por la salida de España del Caribe, son analizadas como el proceso natural y orgánico del ascenso norteamericano como potencia, y a su vez de la construcción identitaria de las repúblicas hispanoamericanas, muchas de ellas al sotavento del liberalismo sajón frente al “arcaico” viento del catolicismo ibérico.

De todo ello da cuenta Pérez Vejo en este refrescante ensayo que destila con acierto lo mejor y lo más sustancial de sus teorías desarrolladas en su amplia historiografía⁷. Esta vez lo logra analizando el fenómeno de 1898, y sus reflexiones dan sentido a aquella aseveración que repite en muchas de sus obras: “somos lo que nos contamos que somos”, y España como nación, al igual que cualquier otra, no es más ni menos que eso, un relato de sí misma, una construcción narrativa de pasado en demanda de futuro.

⁷ Para conocer la centralidad de las aportaciones historiográficas de Pérez Vejo recomendamos ampliamente detenerse en obras del autor como *España imaginada. Historia de la invención de una nación*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015 y *Elegía criolla. Una interpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas*, Editorial Crítica, México, 2019.

Bibliografía:

- Pérez Vejo, Tomás, *España imaginada. Historia de la invención de una nación*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015.
- Elegía criolla. Una interpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas*, Editorial Crítica, México, 2019.
- Moreno Gutiérrez, Rodrigo, *Trigarancia. Fuerzas armadas en la consumación de la independencia. Nueva España 1820-1821*, UNAM, México, 2016.
- Keegan, John, *Secesión. La guerra civil americana*. Turner, Madrid, 2011.
- Salafranca Vázquez, Alejandro (coord.) *1821. Independencia. El reino que fue imperio y devino en república*. UNAM/El equilibrista, México, 2021.

